

La Eucaristía y la Vida Eterna

La presente disertación fué pronunciada por la Delegada Superior de Universitarias, señorita María Delia Terren, en las sesiones que con motivo del Congreso Eucarístico, se realizaron en la Academia de Medicina.

A la luz de los divinos reflejos del Sacramento Eucarístico consideremos, en breves minutos, uno de los misterios de más honda significación: el de la VIDA ETERNA.

Tema siempre nuevo, que ningún ser humano ha podido jamás eludir. Tema siempre nuevo porque es eterno.

Intimo el goce de las Universitarias Católicas Argentinas de poder exponer su visión de la vida eterna a través de la blanca Hostia Consagrada.

Vamos a pensar sin perseguir otro objeto que la Verdad. Verla será nuestra cima, luego bastará con permanecer en ella.

Dejemos, pues, vagar nuestra mente por el mundo de lo perecedero y de lo eterno.

Miremos de nuevo y una vez más la obra de Dios ya que la pobre comprensión humana jamás ha de agotar su infinita riqueza.

Pocas cosas hay tan punzantes como el clamor del ser humano incapaz de saciar su sed de otra cosa que no sea lo Infinito y que desespera en esta cárcel de contingencias.

Nuestra alma no tiende ni hacia las estrellas ni hacia las profundidades del mar, porque todo eso tiene una medida.

Por ello, orientar nuestra vida hacia un fin infinito es ampliar su horizonte, es conducirla hacia su verdadero destino.

Los verdaderos hombres, los que no han "recibido su alma en vano", buscan anhelosamente la razón de su vivir.

"Se os ha dado conocer los misterios del Reino de los Cielos" dice Cristo en su Evangelio.

¿Dónde encontrar los luminosos jardines de la felicidad, de la paz del alma?

Sólo en la Iglesia está la Verdad, sólo Ella "guarda la llave de todos los Misterios", fuera de sus puertas los hombres se pierden en un crepúsculo angustioso y jamás llegan a conocer el verdadero sentido de la vida.

La Iglesia, que es la proyección visible de Dios sobre la tierra, nos dice que el hombre no es un átomo absurdo perdido en la inmensidad de los espacios, sino que nuestra vida tiene sentido, tiene objeto, tiende a un fin.

Ese fin es Dios. Sólo Dios satisface el ansia de felicidad innata y universal del hombre.

Alrededor de esta Verdad fundamental gira toda la vida cristiana. Ella es la razón de nuestro dogma y de nuestra ley, de nuestro sacrificio, culto y sacramentos.

Lo humano no puede satisfacer nuestra sed de felicidad. Una amistad humana, un amor humano, un goce humano, pueden ir muy lejos, pero no hasta el fin, Dios reserva para sí el "hasta el fin".

En la infinita variedad de los hombres hay un sentir absolutamente personal donde Dios solamente penetra.

Frente a las mismas cosas, frente a los mismos hechos, cada hombre reacciona a su modo.

Así, la forma de belleza que vive en mí ante la armonía celeste, resulta incommunicable. Nadie sabrá exactamente lo que pasa por mi alma aunque pueda imaginarlo. Ante mis palabras mi interlocutor las interpretará según su "propio" sentir... Es que estamos solos... mejor: SOLOS CON DIOS.

Sólo El nos conoce completamente. ¿Por qué? Porque Dios es nuestro Creador.

Para muchas almas lo esencial de la vida es lo temporal, lo pasajero, lo que impresiona a los sentidos. Son almas que van "como a la deriva", sin un rumbo definido, jamás con horizontes extensos ante sí.

Evitan pensar en la muerte y en el más allá, haciendo violencia a su verdadera naturaleza.

Para unos hombres la vida es el resultado del azar, para otros de las leyes cósmicas, para unos y otros, algo desprovisto de valor.

Sostienen que en la vida hay que burlarse de todo y obrar con escepticismo, contemplándola con ironía. Hay que reír de todos los ideales, no creer en nada.

Juegan con las cosas que son el tesoro más bello y sagrado del hombre y al destruirlas como objetos viles y sin valor no logran nunca ser felices.

Hay hombres que invocan a Dios con amor, los hay que blasfeman de El y otros que — ignorándolo —, pretenden abarcar con su pobre y sola razón la historia del Universo.

¡Qué tristeza inmensa la de esos seres que percibiendo el llamado de Dios como un cantar lejano y suplicante no logran penetrar en su Iglesia...!

Nuestra alma aspira lo imperecedero. Colmemos nuestra nostalgia bendita de cima, de ideal de infinito!

El Cristianismo la puede satisfacer plenamente, porque sólo él baña todas las cosas de infinito.

¿Cuándo?

Cuando le enseña que Dios la ama y la invita a una vida de amor; que ese amor de Dios penetra y domina la vida entera, que todas las realidades limitadas, todas las acciones temporales están ordenadas a ese amor de Dios que alcanza hasta lo más íntimo de nuestro ser.

Mas no basta creer en la Vida Eterna para alcanzarla, el mismo Cristo lo señala al prometer la Eternidad por medio de la recepción de su Cuerpo.

"Este es el pan — nos dice —, bajado del Cielo: el que de él comiere no morirá".

"El que come mi Carne y bebe mi Sangre posee la Vida Eterna".

"El que comiere de este pan vivirá eternamente".

Cristo instituye la Eucaristía como medio para alcanzar nuestro fin sobrenatural y eterno.

En la institución de su Sacramento dió Jesús extraordinario relieve a esta idea de la eternidad que por El mismo nos viene. Luego de haber dado a comer su Cuerpo, dió a beber su Sangre. "Esta es mi Sangre del Testamento nuevo: bebed todos de este Cáliz". Su Sangre es la prenda del Testamento nuevo, que es el Testamento de Vida Eterna, institución de una herencia sobrenatural y sin fin que hace para todos y para cada uno.

Tan compenetrada está la Iglesia de esta correlación que en la fórmula de administración del Sacramento ha querido plasmar esa idea: "que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo custodie tu alma hasta la Vida Eterna".

El hombre que comulga recibe a Cristo, a Dios hecho Hombre y no a una imagen o a un símbolo.

Al pronunciar el Sacerdote las palabras de la Consagración, el pan se con-

vierte en el verdadero Cuerpo de Jesús, en ese mismo Cuerpo que El tomó para vivir y sufrir sobre la tierra, para transfigurarse en el Tabor, para sudar Sangre en Getsemaní, para morir en cruz en el Gólgota, para resucitar al tercer día y finalmente para ascender a los Cielos.

Cristo no se contentó con redimirnos, con prometernos una Jerusalén celeste, sino que se quedó con nosotros para ayudarnos a vencer.

El, que sabía como nadie de nuestras debilidades, de nuestras torpezas, de nuestras caídas, de nuestras soledades, no nos dejó...

Se quedó... Y SE QUEDO POR AMOR.

Por amor que es gratitud. Sólo el amor gratuito es amor. El amor es gratuito o no existe, porque el amor es don.

El que ama busca el bien del amado.

Todo interés personal envilece el amor. Por ello el amor de Cristo en la Eucaristía es el amor por excelencia, porque quiere nuestro bien sin otro motivo que ese mismo bien.

San Agustín tiene una frase que condensa toda la actividad de la vida celeste: "Veremos, amaremos, gozaremos".

En el cielo quedará saciada esa profunda aspiración de nuestra vida que podríamos llamar la pasión del espectáculo, pasión que jamás podrá ser satisfecha ni por las bellezas de la naturaleza ni por las bellezas del arte.

Veremos a Dios por la "luz de la gloria", por el "lumen gloriæ" de los teólogos, cuyo resplandor permite a la pobre criatura ver el espectáculo incenarrable de lo que el ojo humano no puede ver por sí mismo.

"Luz intelectual llena de amor" llama Dante a la visión bienaventurada, porque en la gloria todo el amor se convierte en deseo de visión y de posesión de Dios.

La Eucaristía es el Sacramento de la Visión Beatífica. En las comuniones invisibles entre el espíritu y Jesús, en las horas de las comuniones fervorosas es cuando el alma acrecienta su gracia en medida extraordinaria, gracia que nos hacen merecedores del grado de gloria proporcionado a nuestros méritos.

La fe y la "luz de la gloria" son los dos medios por los que se da Dios a ver a su criatura: por aquélla en la tierra, por ésta en el Cielo. "Ahora vemos como en espejo y por enigma, después veremos cara a cara".

Al acto de fe más emocionante y más perfecto que nos refiere el Evangelio Jesús respondió con una promesa de Eternidad.

Cuando todo lo humano lo había abandonado a Jesús, cuando nada había en El que pudiera seducir ni atraer, cuando nada daba en El impresión de poderío, las palabras del BUEN LADRON senaron aleccionadoras para toda la humanidad...

"Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino"...

A tan magnífico acto de fe Cristo premió con la más envidiable de las promesas...

"Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso"...

Así como en la tierra la fe es el fundamento de la caridad, en el Cielo la visión de Dios será la llama en que se abrasarán los espíritus bienaventurados, aventurados.

La bienaventuranza no es más que el Reino del Amor.

La confluencia de dos grandes amores, el de Dios por los hombres y el del hombre a Dios, preparan la vida eterna que en su esencia no es más que el Reino de la Caridad.

¡Amor de Cielo! Amor continuo que no sufre eclipse!

¡"Amor de la Verdad, llenísimo de alegría"! como dice Dante.

Amor que mantendrá a quienes tengan la dicha de gozarlo en "saciedad insaciable".

La caridad no muere jamás. La fe y la esperanza quedan en los umbrales del Cielo. La caridad reina en él. Según la medida de nuestra caridad recibi-

remos el premio de la visión, posesión y goce.

La Eucaristía es el Sacramento específico de la caridad. Por ella se llena de amor el vaso de nuestro corazón y quedamos como compenetrados por su virtud, por su gracia, por su amor.

Pero la Vida Eterna será también goce.

Es el goce de la Verdad poseída ya sin sombra ni medida, es el goce del amor en su misma y purísima esencia, es el goce que Jesús promete en el Sermón de la Cena a sus discípulos, "gozo completo que nadie se lo podrá arrebatar".

Dios nos prepara a este goce por la Eucaristía. En ella nos hace pręgustar las delicias de su posesión.

Terminemos con palabras de Pedro.

Jesús había pronunciado aquel día frases que sublevaron a sus oyentes.

Había anunciado que daría su Carne como alimento y su Sangre como bebida. Ante la protesta airada había vuelto a insistir: "En verdad, en verdad os digo que si no coméis la Carne del Hijo del hombre y no bebéis su Sangre, no tendréis vida en vosotros".

Hasta sus discípulos, entonces, se apartaron de El. Jesús dijo a los Doce: "Y vosotros, también queréis dejarme?".

"Señor -- respondió Pedro --, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna".

Hoy, como ayer, como hace veinte siglos, nosotros también ¡SEÑOR!, los universitarios católicos argentinos te decimos:

¡SEÑOR! ¿a quién iremos?

¡TU SOLO TIENES PALABRAS DE VIDA ETERNA!

